LA HORA DEL SUR

Tiempo de refundación

Por Miguel Grinberg

Sabemos que el Homo Sapiens no ha usado hasta el presente sino una pequeña parte de las posibilidades de su espíritu/cerebro… La aventura sigue siendo desconocida. La tarea es inmensa e incierta. No podemos sustraernos ni a la desesperanza ni a la esperanza. La misión y la dimisión son igualmente imposibles. Debemos armarnos de una “ardiente paciencia”. Nos encontramos en las vísperas, no de la batalla final, sino de la lucha inicial.

Edgar Morin – Anne Brigitte Kern

Tierra-Patria

Estamos atravesando una etapa crucial de la experiencia terrestre de los humanos. Abundan la información y los conocimientos sobre la prolongada caravana de eventos que el *homo sapiens* ha protagonizado a través de los siglos hasta llegar a esta culminación de disyuntivas. Si abordamos flexiblemente (sin prejuicios) la situación actual, podemos determinar que todo indica la existencia de una situación doble de colapso y advenimiento. Una simultaneidad de agonía material y de parto espiritual.

El eco-teólogo Thomas Berry, en su obra *The Great Work* (2000), explicó que nos encontramos atravesando una Obra Grandiosa: **la tarea de trasladar a la moderna civilización industrial desde su actual influencia devastadora sobre la Tierra hacia un modo de presencia más benigno de ésta sobre ella. No se trata de una labor que hayamos escogido. Es un protagonismo que nos ha sido impuesto, más allá de cualquier consulta previa. Nosotros no escogimos. Para esta tarea histórica, fuimos escogidos por algún poder más allá de nosotros. Del mismo modo, no elegimos el momento de nuestro nacimiento, quiénes serían nuestros padres, cuál sería nuestra cultura particular o el momento histórico en el cual naceríamos. Ninguno de nosotros eligió el *status* de discernimiento espiritual o las condiciones políticas o económicas que serían el contexto de nuestras vidas. Y remarcó: *“Nosotros fuimos, por así decirlo, traídos a la existencia con un desafío y un papel que está más allá de cualquier elección personal. La nobleza de nuestras vidas, sin embargo, depende de la manera en que lleguemos a entender y cumplir nuestro asignado papel.”***

HOMINIZACION

Hace 6 millones de años una rama del orden de los primates comenzó la hominización (o *evolución humana*) dando paso así a la *humanidad* hace 200 mil años. Ello abarca el proceso de evolución biológica de la especie humana desde aquellos ancestros hasta el estado actual.

Varias escuelas antropológicas sostienen que el afán humano de controlar territorio nos ha llevado a destruirlo todo. Hemos configurado la cultura, pero asimismo en base al afán de dominio hemos llegado a un punto donde ella nos crea a nosotros. En consecuencia, la súper-especialización técnica (con sus maquinarias homicidas y ecocidas) y cultural (con su ímpetu de conquista) podría acabar con nosotros.

A fin de proseguir la hominización, es preciso asumirla como el despliegue de nuestras potencialidades culturales, éticas, sociales, espirituales y psíquicas. Morin resalta que el llamado *desarrollo* debe ser repensado, total y radicalmente: *“El desarrollo debe concebirse de manera antropológica. El verdadero desarrollo es el desarrollo humano. Hay que sacarlo de su veta economicista.”* Será preciso romper con la concepción de progreso como certidumbre histórica, para hacer de ella una posibilidad incierta, y se debe comprender que se ningún desarrollo se adquiere para siempre: *“como todas las cosas vivas y humanas, está sometidos al principio de degradación y sin cesar debe regenerarse”.*

Al mismo tiempo, en su libro *La venganza de Gaia* (2006), el científico James Lovelock nos advierte que como civilización nos parecemos al toxicómano que morirá si sigue consumiendo su droga, pero también morirá si la deja de golpe: *“Nuestra inteligencia y creatividad nos han metido en este atolladero. Todo comenzó hace cien mil años, cuando prendimos fuego a los bosques porque nos resultaba más cómodo para cazar. En ese momento dejamos de ser un animal más e iniciamos la demolición de la Tierra: somos capaces de llevar a cabo las más horribles tareas de destrucción, pero también tenemos potencial para fundar una civilización magnífica… Es demasiado tarde para seguir la ruta del desarrollo sostenible; lo que hace falta es una retirada sostenible.”*

Este biólogo es uno de los muchos que sostienen que nuestra presencia vandálica afecta al planeta como si fuéramos una enfermedad. Pero para remediar cualquier problema de salud –individual o colectiva– primero es indispensable reconocerlo. Luego se debe comprenderlo y sacar las conclusiones adecuadas. Finalmente, hay que hacer algo al respecto. En tres planos simultáneos: el bienestar individual/social, el equilibrio económico y la preservación medioambiental.

En 1969, el libro *Hacia la utopía: perspectivas de la humanidad*, del futurólogo R. Buckminster Fuller, manifestaba:

“Elimínense las redes de distribución de energía y la maquinaria industrial en los Estados Unidos, Rusia y todos los países industrializados del mundo, y en el término de seis meses más de dos mil millones de personas, en rápido y penoso deterioro, morirán de hambre. Elimínense a todos los políticos del mundo, a todas las ideologías y a sus protagonistas profesionales de esos mismos países, y envíeselos en un cohete a dar vueltas alrededor del sol, y déjese subsistir en todos los países sus redes actuales de energía, maquinaria industrial, producción de rutina y personal de distribución, y no morirán de hambre ni sufrirán enfermedad más seres humanos que en el presente.”

Actualmente, la humanidad se enfrenta al patético desafío de resolver las inmensas injusticias reinantes entre quienes comen (mayormente en el Norte del planeta) y los que no comen (mil millones de individuos en el Sur global); entre los que parecerían vivir bien y los desesperados que claman por un cambio a gritos. Un estado de cosas que no admite dilaciones, dado que conduce al caos y la destrucción. Es una situación de injusticia social y ambiental que es preciso resolver, ya que sin justicia nunca podrá haber paz. Decía el teólogo Raimón Panikkar: *“La paz no es sólo un ideal, es una necesidad, porque la alternativa sería una catástrofe humana y planetaria. Nuestro sistema competitivo, en el que sólo las cosas que pueden tener valor económico están consideradas como valiosas, no puede ir muy lejos.”* No sorprende pues que hoy desde Europa algunos sociólogos prediquen el *decrecimiento* a los países ricos. Aunque apelas a los consumidores sin tomar demasiado en cuenta la inflexible tónica explotadora de los poderes tecnocrático-corporativos globales, esa argumentación rectificadora corre el riesgo de convertirse en un efímero analgésico intelectual.

Toda la historia social de nuestra especie en este planeta es inseparable del ascenso y la decadencia de vastos y poderosos imperios que durante siglos diseminaron por doquier terror, injusticias y genocidio. Asirios, caldeos, hititas, medos, sumerios, mogoles, cartagineses, hunos, asirios, caldeos, egipcios, acadios, etíopes, griegos, romanos, bizantinos, británicos, otomanos, carolingios, galos, aztecas, mayas, incas… y muchos más se dedicaron a la celebración del arte de exterminar a pueblos más débiles y menos propensos al ritual de la conquista territorial. Y por ello, aptos para la esclavitud.

La crónica retrospectiva de la confrontación violenta entre amos y siervos llena miles de páginas: es una milenaria caravana de aberraciones y espantos. Repasaremos para comenzar un episodio que los historiadores occidentales se han esmerado en archivar en las latitudes del olvido.

Ya sedimentado el reparto colonial de las Américas, por parte de las naciones imperiales de Europa, entre el 15 de noviembre de 1884 y el 26 de febrero de1885 tuvo lugar la Conferencia de Berlín, convocada por Francia y Inglaterra y organizada por Otto von Bismarck, canciller de Alemania, con el objetivo de resolver problemas planteados por la expansión colonial en África y proceder a su reparto como porciones de pizza. Terminada esa Conferencia, solamente dos países africanos conservaron el derecho a preservar su independencia: Etiopía y Liberia. El llamado Estado Libre del Congo tenía la calidad de *posesión personal* del rey Leopoldo II de Bélgica, en tanto Marruecos existía bajo una independencia meramente nominal, ya que en la práctica estaba bajo la ocupación militar de Francia y España.

Intervinieron en esa Conferencia catorce países que se dividían en dos grupos: uno de ellos agrupaba a potencias con interés directo en los problemas pertinentes al reparto de África, y estaba formado por el Reino Unido de Gran Bretaña e Irlanda, Francia, Alemania, Portugal, la Asociación Internacional del Congo y, en menor medida, los Países Bajos (Holanda). Al segundo grupo pertenecía el resto de los países participantes que hasta entonces no habían desplegado grandes intereses el continente: incluía al Imperio austrohúngaro, España, Rusia, Suecia, Turquía, Estados Unidos, Bélgica, Dinamarca e Italia. Ningún Estado africano estuvo representado en las deliberaciones. Variados historiadores han considerado a la Conferencia de Berlín como el verdadero detonador del colonialismo extremo iniciado por Francia y Gran Bretaña en el mundo entero desde finales del siglo XIX. Entretanto, los conflictos que se trataron de remediar con dicha conferencia se agravaron en forma lenta aunque continua, provocando constantes tensiones territoriales, políticas y económicas entre las principales potencias europeas, que desembocaron en el estallido de la Primera Guerra Mundial (1914-1918). Su secuela fue una Segunda Guerra Mundial (1939-1945) entre las potencias capitalistas occidentales y naciones expansivas como Alemania y Japón (identificadas como “el Eje”), que fugazmente contaron con el apoyo de Italia, que apetecía el noreste de África.

GLOBALIZACIÓN

Para apreciar a fondo las disyuntivas geopolíticas actuales, en el marco de la llamada “globalización”, es fundamental visualizar el paralelismo existente entre el antiguo criterio europeo de “civilizar a los bárbaros” y el más reciente fomento financiero de la *modernización* o *desarrollo* de los pueblos económicamente “rezagados”.

En 1945, la derrota militar del eje nazi-fascista encarnado por Alemania y Japón (que junto con Europa se reconstruyeron velozmente a la par de una Europa devastada, gracias a las generosas dádivas del Plan Marshall de Estados Unidos), coincidió con el surgimiento como potencia mundial de la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas (URSS). Desde ahí, el mundo se dividió en dos grandes campos ideológicos: el Oeste (capitalista) y el Este (comunista) donde pese a las diferencias entre los líderes José Stalin y Mao tsé-Tung, la URSS y China (tras la revolución de 1949) todos adherían a los ideales marxistas. Alemania fue repartida entre los triunfadores de una guerra que causó en total cincuenta millones de muertos, y Berlín quedó partida por un sólido muro de cemento y roca. Había nacido la “Guerra Fría”.

Entre 1950 y 1953 el Occidente cristiano luchó contra el comunismo en Corea. En 1954, la Legión Extranjera de Francia fue superada en la península Indochina (tomada a Japón en 1945) por los insurgentes vietnamitas y la región quedó dividida entre Vietnam del Norte y del Sur, Camboya y Laos. La escalada de asesores de Estados Unidos, entre 1955 y 1975, desembocó en una guerra abierta (desde 1964) que culminó con la victoria de las fuerzas guerrilleras. Allí el conflicto fue muy caliente. Vietnam del Sur (pro norteamericano) tuvo 230.000 muertos y 1.170.000 heridos; EEUU tuvo 58.159 muertos, 2,000 desaparecidos y 153.303 heridos; y Vietnam del Norte y el Frente Nacional de Liberación Nacional (comunistas) tuvieron 3.500.000 muertos y desaparecidos, y 600.000 heridos.

La Guerra Irán-Irak (1980–1988) fue seguida por una llamada *Guerra del Golfo* durante 1990/91 entre Irak y una coalición internacional compuesta por 31 naciones y dirigida por Estados Unidos, como respuesta a la invasión y anexión del emirato de Kuwait por parte de Irak. El 9 de noviembre de 1989 la resistencia popular alemana había hecho caer el Muro de Berlín, en tanto el 25 de diciembre de 1991 implosionó la URSS y se desperdigaron las repúblicas que la constituían. Si bien hubo desde entonces otros conflictos bélicos de envergadura, algunos de los cuales prosiguen en la actualidad, lo sintomático del contexto político internacional fue (y es) la omisión de otra realidad insoslayable: se dio por extinto al comunismo y como victorioso al capitalismo. Se anunció el fin de la bipolaridad ideológica. Pero se trató de disimular la brecha económica entre el Norte desarrollado y el Sur “en vías de desarrollo” primero, y luego como “economías en transición” (incluyendo a las ex naciones del bloque comunista). Desde 1986, el concepto *desarrollo sustentable* se convirtió en una metáfora que respondía a los mismos esquemas de dominio económico inaugurados por el Norte en 1950.

Aquí cabe una breve referencia a la instauración de un rótulo al servicio de la dominación global: el *subdesarrollo*. Este concepto tomó estado público con el discurso inaugural pronunciado el 20 de enero de 1949 por el presidente estadounidense Harry S. Truman. Aludía a vastas regiones del planeta (el Sur) como mundo subdesarrollado y planteaba luchar contra tal situación en el marco del combate paternalista contra el comunismo. A saber:

“Debemos embarcarnos en un nuevo programa para hacer que los beneficios de nuestros avances científicos y el progreso técnico sirvan para la mejora y el crecimiento de las áreas *subdesarrolladas*. Creo que deberíamos poner a disposición de los amantes de la paz los beneficios de nuestro almacén de de conocimientos técnicos, para ayudarles a darse cuenta de sus aspiraciones para una mejor vida y en cooperación con otras naciones deberíamos fomentar la inversión de capital en áreas necesitadas de desarrollo”.

En la práctica, si bien lo puso en órbita geopolítica, no fue Truman quien acuñó ese concepto, que había sido utilizado por primera vez en 1942, en un artículo que escribió Wilfred Benson, funcionario de la Organización Internacional del Trabajo: *“The economic advancement of underdeveloped areas”.* En su momento no lo tomaron en cuenta: los economistas preferían hablar de “áreas económicamente atrasadas”.

De un día para otro, la cuarta parte de la humanidad se despertó como “subdesarrollada” y desde la Alianza para el Progreso (1961/70) hasta el Consenso de Washington (1990), más el NAFTA (Mercado Común de América del Norte), la política exterior estadounidense ha persistido en el fomento del “estilo americano de vida” (*american way of life*) como satisfactor supremo de los anhelos existenciales de los pueblos del globo. Y como herramienta de dominación sociocultural.

En su libro *Utopía o Muerte, El fin de la sociedad del despilfarro* (1973), expresaba el agrónomo francés René Dumont:

“¿Quién despilfarra más los recursos escasos? *Los países ricos,* desde luego. Hemos visto el ejemplo de los Estados Unidos. Pero los europeos contribuyen ampliamente a dicho despilfarro en la medida en que tratan de responder al famoso “desafío” norteamericano. Dentro de esos países desarrollados, *los ricos y los potentados* son quienes más despilfarran. Es curioso ver una prensa especializada lograr acaparar la atención de la gente del pueblo, del obrero a la modistilla, del empleado a la secretaria, no en favor de los grandes problemas de la época o de sus propios intereses, sino con los amores y extravagancias de *vedettes* y multimillonarios.”

Cabe detenerse un momento en el llamado “Consenso de Washington”. Su primera formulación fue obra del experto John Williamson en su ensayo "Lo que Washington quiere decir cuando se refiere a reformas de las políticas económicas (1989). Ese trabajo resumía diez temas de política económica, en los cuales "Washington" equivalía al complejo político-económico-intelectual integrado por los organismos internacionales (Fondo Monetario Internacional, Banco Mundial), el Congreso de los Estados Unidos, la Reserva Federal, los altos cargos de la Administración y los grupos de especialistas financieros. Los diez rubros sobre los cuales se sugería un acuerdo (centrado en el ajuste “estructural”) eran:

1. Disciplina fiscal
2. Reordenamiento de las prioridades del gasto público
3. Reforma Impositiva
4. Liberalización de las tasas de interés
5. Una tasa de cambio competitiva
6. Liberalización del comercio internacional (trade liberalization)
7. Liberalización de la entrada de inversiones extranjeras directas
8. Privatizaciones en gran escala
9. Desregulación amplia
10. Derechos de propiedad (royalties y patentes)

Durante la década de los años 90 y a partir de “relaciones carnales” con Estados Unidos, la Argentina adoptó una tras otras las recetas de los bancos multilaterales y fue ampliando su encuadre de país “dependiente” al servicio de los fondos buitres y los fabricantes de miseria colectiva. Bajo el lema “desarrollo sustentable” fueron adoptándose uno tras otro los postulados de la sumisión al capital transnacional. El informe “Nuestro Futuro Común” de la Comisión Brundtland de Naciones Unidas no cesaba de promover en todos los foros mundiales dicho concepto fragilizador de los potenciales reales de los países del Sur para superar su vulnerabilidad socio-económica. La globalización jugaba sus mejores cartas y las Corporaciones Transnacionales coparon por completo con sus grupos de presión la Conferencia de la ONU sobre Ambiente y Desarrollo realizada en Río de Janeiro en junio de 1992, conocida como *Eco-Río 92*.

DÉCADA PERDIDA

Sin embargo, no todo era sumisión a los dictámenes del Gran Hermano del Norte y del Capital Transnacional. Hubo otros dos documentos sectoriales que el sistema de dominio global logró omitir y soslayar a la hora de redactar los cuatro documentos centrales que surgieron de aquel cónclave mundial: un Convenio Marco sobre Cambios Climáticos, un Tratado sobre Diversidad Biológica, un plan de acción titulado “Agenda 21” y una declaración sobre la preservación de las masas boscosas.

El primero de ellos se publicó como *“Nuestra Propia Agenda”,* y fue concluido en agosto de 1990 por expertos latinoamericanos convocados por el Programa de Desarrollo de la ONU (PNUD) y el Banco Interamericano de Desarrollo (BID). En primera instancia se lamentaba una sórdida realidad: para la región latinoamericana los años 80 habían sido una “década perdida”.

El documento resaltaba que al concluir la década de los ’80 era evidente que la economía mundial había atravesado un período prolongado de crecimiento sostenido. Pero al mismo tiempo, era también evidente que dicho crecimiento había sido desigual y estaba caracterizado por un gran incremento de la pobreza en el mundo entero. Para el aún llamado Tercer Mundo, y en particular para América Latina, las condiciones económicas se habían deteriorado seriamente durante los diez años precedentes. Ello fue un efecto combinado de la creciente deuda externa, el deterioro ambiental durante un período prolongado, la caída de muchos productos básicos de exportación, tendencias desfavorables del comercio internacional y fracaso de las económicas adoptadas por varios países para alcanzar los resultados deseados.

El texto destacaba además que las “ciudades informales” seguían apareciendo y creciendo con ritmo acelerado alrededor de la mayoría de las ciudades latinoamericanas. Por ejemplo: cada año, una ciudad de 700 mil habitantes se implanta en la periferia de la Ciudad de México, y una de 500 mil en la de San Pablo. Estas ciudades carecían y carecen de infraestructura o de los recursos financieros necesarios para enfrentar los problemas de la población actual o para absorber nuevos contingentes. Se debe procurar dispersar a la población por ciudades de porte medio, pero esto depende a su vez de que se disperse la actividad económica en un contexto gubernamental moderno, descentralizado. Comentaba asimismo que la capacidad y la creatividad de los pobres urbanos podía canalizarse hacia proyectos pequeños de base comunitaria, proporcionando vivienda y servicios básicos.

Ya hace veinte años se destacaba que las ciudades donde se concentraban las industrias estaban muy contaminadas y carecían (y siguen careciendo) de infraestructura social y sanitaria y de normas adecuadas para hacer frente al problema de los desechos industriales peligrosos. La lluvia ácida, que comúnmente afecta a los países industrializados, sigue en aumento en las zonas industriales de América Latina y el Caribe. Se añadía que la basura tóxica suele ser exportada por los países industrializados y causa graves problemas ambientales. En varios casos, las industrias que no pueden observar las leyes y reglamentos ambientales de los países industrializados, se transfieren a países en desarrollo en los que no se aplican reglamentos de ese tipo.

*Nuestra Propia Agenda* remarcaba que los desafíos ambientales enfrentados por América Latina y el Caribe se vinculan a la vida humana y al bienestar. La exposición a los desechos peligrosos crea riesgos sanitarios indudables:

“Siete de los diez productos químicos que suelen hallarse en los vertederos de desechos pueden causar cáncer; siete causan defectos en los recién nacidos y cinco provocan daños genéticos. La combinación de residuos químicos, desechos tóxicos, emanaciones gaseosas de automóviles y otras secuelas de una contaminación urbana incontrolada, constituye una grave amenaza a la salud general, pero especialmente a la de los niños y los ancianos.”

Entre otros flagelos, advertía que la contaminación del aire era un hecho constante en la vida cotidiana de 81 millones de residentes de zonas urbanas de América Latina. El resultado era un número de casos de enfermedades respiratorias infantiles crónicas estimado en 2,3 millones; 105.000 casos de bronquitis crónicas entre los ancianos, y casi 65 millones de días de trabajo perdidos como consecuencia de las secuelas sanitarias de la contaminación del aire. *El costo adicional que recae sobre los ya sobrecargados sistemas de cuidado de la salud puede medirse; el dolor y la miseria humana, no*. Y reclamaba que la contaminación ambiental requería una reacción nacional e internacional concertada. Pero durante la Eco-Río 92, el quórum gubernamental de naciones ricas y los grupos de presión de los poderes transnacionales se concentraron en las metáforas del cambio climático, dirigiendo la atención hacia la atmósfera, no hacia la sociedad civil. A su vez, el foro no gubernamental de movimientos sociales se empantanó en su clásico repertorio de denuncias y de todos modos sus premisas fueron soslayadas por los medios de comunicación al servicio de los intereses corporativos.

El balance hacia finales del siglo XX demostró que, pese a una notoria cantidad de logros estructurales, persistía un panorama de adelantos desiguales y retrocesos que nos han dejando un mundo donde la pobreza sigue siendo generalizada. Las siguientes cifras del Informe sobre Desarrollo Humano (ONU) exponen un balance desolador:

Más de una cuarta parte de la población del mundo en desarrollo sigue viviendo en condiciones de pobreza humana.

Alrededor de un tercio de la población -1.300 millones de personas— viven con un ingreso inferior a un dólar diario. En el Asia meridional, oriental, sudoriental y el Pacífico viven más de 950 millones de los 1.300 millones de pobres de ingreso. El África al sur del Sahara tiene la mayor proporción de personas que viven en la pobreza humana y se estima que en el año 2000 la mitad de esta población vivirá con pobreza de ingreso.

En América Latina y el Caribe la pobreza de ingreso es más generalizada que la pobreza humana, la cual afecta a unos 110 millones de personas y sigue creciendo.

Europa oriental y los países de la Comunidad de Estados Independientes han experimentado el mayor deterioro en los últimos 10 años. 120 millones de personas viven por debajo de la línea de pobreza con ingresos menores a cuatro dólares diarios.

En los países industrializados más de 100 millones de personas viven por debajo de la línea de pobreza de ingreso, fijada en la mitad del ingreso mediano individual y 37 millones carecen de empleo.

El índice de desarrollo humano (IDH) declinó en 30 países en el último año más que ningún otro año desde que se inició la publicación del Informe sobre Desarrollo Humano.

Además tenemos que algunas personas sufren más que otras. Los niños son especialmente vulnerables y se estima que unos 160 millones de niños sufren desnutrición moderada o severa y unos 110 millones no asisten a la escuela.

DESAFIO PARA EL SUR

En su libro *Tierra-Patria* (1993) Edgar Morin comentaba que después de treinta años dedicados al desarrollo, el gran desequilibro Norte/Sur sigue en pie y las desigualdades se agravan. Un 25% de la población del globo, que vive en los países ricos, consume el 75% de la energía; las grandes potencias conservan el monopolio de la alta tecnología y se apropian hasta del poder cognitivo y manipulador sobre el capital genético de las especies vivas, incluyendo la humana. El mundo desarrollado destruye excedentes agrícolas y pone sus tierras en barbecho mientras se multiplican penurias y hambrunas en el mundo pobre. Cuando hay guerras civiles o desastres naturales, la ayuda caritativa momentánea resulta devorada por los parásitos burocráticos o de los negocios. El Tercer Mundo sigue sufriendo la explotación económica, pero sufre también la ceguera, la limitación de ideas, el subdesarrollo moral e intelectual del mundo desarrollado.

En África, Asia y América Latina los suelos se agotan, el clima se degrada, la población crece, el sida devasta. A una policultura que satisfacía las necesidades familiares y locales la sustituye una monocultura sometida a los azares del mercado mundial. A los golpes de ese azar, el monocultivo vive crisis sobre crisis; los capitales invertidos en los sectores en crisis huyen. El éxodo de los campesinos llena las villas miseria de desocupados. La monetarización y la mercantilización de todas las cosas destruyen la vida comunitaria de intercambio de servicios y de convivencia. Finalmente, lo mejor de las culturas autóctonas desaparece en beneficio de lo peor de la civilización occidental.

La Eco-Río 92 oficial ignoró premeditadamente otro documento-testimonio internacional titulado *Desafío para el Sur*, obra de la Comisión del Sur inspirada por Julius Nyerere, presidente de la república de Tanzania. Obviamente, la cúpula occidental, la burocracia servil de la ONU y sus acólitos políticos de las clases dominantes del “mundo en desarrollo” se esmeraron en hacer como si ese inspirado manifiesto no existiera. De modo muy significativo, pese a que desde México el Fondo de Cultura Económica publicó en 1991 una edición en castellano, los ejemplares casi no llegaron a las librerías latinoamericanas. Así funciona la política de la omisión.

Aquellas páginas inspiradas consignaban que tres mil quinientos millones de personas —tres cuartas partes de la humanidad— vivían en los países en desarrollo. Anticipaban que hacia el año 2000 la proporción habrá subido probablemente a cuatro quintos. A estos países en su conjunto, que abarcan más de dos tercios de la superficie terrestre de nuestro planeta, se les solía denominar “el Tercer Mundo”. Los autores se referían a ellos como “el Sur”:

“Una vez excluidos en gran parte de los beneficios de la prosperidad y el progreso, esos países existen como periferia de las naciones desarrolladas del Norte. Mientras que en el Norte la mayoría de la población dispone de abundantes medios económicos, en el Sur la mayoría de ella es pobre; mientras que las economías de las naciones del Norte son generalmente sólidas y flexibles, las de los países del Sur en la mayor parte de los casos son débiles y están indefensas; mientras que los países del Norte son básicamente dueños de su propio destino, los del Sur son muy vulnerables a los factores externos y carecen de soberanía funcional.”

Entonces y ahora, los países del Sur difieren mucho en cuanto a dimensiones, dotación de recursos naturales, estructura económica y grado de desarrollo económico, social y tecnológico. También difieren por su cultura, su sistema político y la ideología que profesan. Como en las últimas décadas se ha acrecentado su diversidad económica y tecnológica, hoy día el Sur es menos homogéneo aun que antes. Con todo, en medio de esta diversidad hay una unidad básica; lo que los países del Sur tienen en común supera con mucho sus diferencias y les da una identidad compartida y una razón para colaborar estrechamente en el logro de objetivos también comunes. Por lo demás, su diversidad económica les brinda oportunidades de cooperación que pueden redundar en beneficio de todos ellos.

Lamentablemente, los contactos que realizó en aquellos días el presidente Nyerere por América Latina, no motivaron a la dirigencia regional para comprender el “socialismo africano” propugnado por ese visionario que impulsaba el diálogo Sur-Sur. Tampoco prosperaron ante la ONU las propuestas de desarme ofrecidas por un denominado Grupo de los Seis, compuesto por el presidente Raúl Alfonsín de Argentina; la primera ministra de la India, Indira Gandhi; el presidente de México, Miguel de la Madrid; el presidente de Tanzania, Julius Nyerere; el primer ministro sueco, Olof Palme; y el primer ministro de Grecia, Andreas Papandreu, que firmaron una declaración conjunta en la cual alertaban sobre los riesgos implícitos de la carrera armamentista. El Grupo de los Seis demandó a los Estados Unidos, la URSS, Gran Bretaña, Francia y China la suspensión de los ensayos atómicos, y el cese de la producción y el emplazamiento de armas nucleares y de sus sistemas de lanzamiento, seguidos por una reducción sustancial de los arsenales nucleares. Asimismo, dicho Grupo propuso un programa permanente de reducción de armas que condujera al desarme general y completo, y garantizara a la vez la transferencia de los recursos de la carrera armamentista al desarrollo económico y social. Tampoco sucedió. Recordemos que Indira Gandhi y Olof Palme murieron asesinados.

En 1990, las páginas de *Desafío para el Sur* contenían advertencias inequívocas. En referencia al incremento de los poderes globales, advertía que una característica expresiva de los dos pasados decenios había sido la creciente globalización de la economía mundial, y sobre todo de la producción y las finanzas. Había aumentado el papel que cumplen las empresas transnacionales. Se habían multiplicado las absorciones y las fusiones de compañías a través de las fronteras nacionales, promovidas por el enorme crecimiento de las afluencias financieras privadas de carácter internacional. La propagación de la desregulación de las transacciones financieras y de las operaciones electrónicas en las bolsas de los países desarrollados ya permitía transferencias masivas de fondos y transacciones con valores —acciones, obligaciones y otros instrumentos— entre los principales centros financieros y facilitaba la fuga de capitales desde el Sur. Las afluencias financieras privadas habían pasado a representar un volumen varias veces mayor que el del comercio mundial de mercancías. Ese gran movimiento de haberes y valores a través de las fronteras tendía a causar variaciones más frecuentes de los tipos de cambio y las tasas de interés, lo que afectaba la situación competitiva de los distintos países.   
Era obvio que se había creado un sistema de relaciones entre las entidades privadas —bancos, sociedades de inversión, empresas transnacionales— en los principales países desarrollados, lo cual aumentaba la influencia de las decisiones que adoptan entidades privadas en las actividades económicas mundiales y, por lo tanto, para limitar la eficacia de las decisiones oficiales de carácter normativo. Las consecuencias para el Sur eran marginación e impotencia aún mayores.

HAMBRIENTOS

Ahora que concluye la primera década del siglo XXI, el tiempo de crisis también llegó para el Norte. La élite internacional y las clases medias globales comienzan a sentir las consecuencias del consumo desorbitado y de la apropiación desmedida de los recursos naturales y humanos. No se trata apenas de una crisis focal sino que tiene carácter multidimensional: es financiera, económica, social, cultural, energética, climática, política y ecológica. En última instancia, es resultado de un insostenible modelo basado en un desarrollo desorbitado, falsamente “sustentable”. Las pautas de consumo irresponsable han provocado una situación dramática de daño ambiental y social. Imitada a nivel global crea un círculo vicioso de injusticia social y calamidad humana apuntada a una irracional búsqueda de *status* aplicado a la acumulación de posesiones materiales. Entretanto, los poderes corporativos tecnocráticos transnacionales, mediante instituciones financieras irresponsables y gobiernos alucinados por los ritos del poder y su propia supervivencia, siguen induciendo el crecimiento de las economías apenas para resolver enormes deudas inducidas por el sistema monetario y bursátil imperante, de modo que las deudas sociales y ecológicas recaen sobre miles de millones de seres paupérrimos y también sobre las generaciones futuras.

### En 2009 se superó el umbral histórico de 1.000 millones de hambrientos en el mundo, lo cual condujo a las organizaciones humanitarias y a los expertos a presionar a la comunidad internacional para que promueva la agricultura familiar, so pena de "ir hacia el precipicio". **Jacques Diouf, director general de la FAO (Organización de Naciones Unidas para la Alimentación y la Agricultura) sostuvo entonces que “el problema de la inseguridad alimentaria es principalmente una cuestión de la movilización al más alto nivel político para garantizar la disponibilidad de los recursos financieros. Cada año, el apoyo a la agricultura en los países de la OCDE (**Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económico**) es de 365.000 millones de dólares, en tanto que el gasto militar es 1,34 billones".**

**Ambroise Mazal, del Comité Católico contra el Hambre y por el Desarrollo lo expuso así: "El hambre en el mundo es un escándalo, no una calamidad natural. Todas las condiciones que provocaron la crisis de 2007 y 2008 siguen en pie y estamos volviendo a la Edad Media: es necesario que los agricultores recen para tener buen tiempo cuando se podrían desarrollar políticas proactivas". Las ONG humanitarias y por el desarrollo reiteran sin cesar la necesidad de una reforma de las políticas comerciales y agrícolas, o sea, detener la liberalización sin freno que provoca la volatilidad de los precios de los alimentos, y fomentar inversiones masivas en la agricultura por los gobiernos del Sur. ¿A través de la ayuda para el desarrollo por parte del Norte ahora trastornado por sus propias crisis y carencias? No luce muy posible. El analista Jean-Louis Velajus, del Comité para la Solidaridad Internacional (CFSI) dijo: "Esta volatilidad va a durar un tiempo, por lo que la alimentación se convertirá en una bomba para los gobiernos: si no se hace nada, les estallará en la cara. A 1.000 millones de personas que padecen hambre no se les puede auxiliar simplemente con ayuda alimentaria, sino a través de una reforma integral de la agricultura".**

El Índice Global del Hambre (IGH), publicado por Naciones Unidas, ha señalado que, aun antes de la crisis alimentaria en curso, 33 países presentaban una situación alarmante, y que aliviar la penuria de los hambrientos del mundo sigue siendo una meta muy remota. La población hambrientos de India es la mayor, en términos absolutos, entre las todos los países del mundo en desarrollo. El dramático encarecimiento de la comida registrado desde 2006 marcó un gran retroceso en la lucha contra la desnutrición, pues los países más afectados por el hambre son importadores netos de cereales y otros productos alimentarios. El IGH combina, en su mayor parte, tres indicadores: la proporción de desnutridos, la prevalencia de menores de cinco años con bajo peso y la mortalidad infantil. El índice tiene una escala de 100 puntos. El cero marca la inexistencia de hambre. El deterioro más dramático se registró en República Democrática del Congo En 1990, su IGH sumaba 25,5 puntos, y en el actual informe, 42,7. Allí se encuentran todos los factores de los países muy afectados por el hambre: guerra, conflictos violentos e inestabilidad política, alta prevalencia del virus de inmunodeficiencia humana (VIH, causante del sida), inequidad y falta de libertades. Otros países con niveles "extremadamente alarmantes" de hambre (un IGH de entre 20 y 29,9) son Eritrea, Burundi, Níger, Sierra Leona, Liberia y Etiopía. En casi todos los estados, el bajo peso de los menores de cinco años constituye la mayor contribución al índice, y en el resto lo es el déficit de ingesta diaria de calorías. Otro dato expresivo es el vínculo entre indicadores económicos e IGH: no todos los estados con crecimiento económico alto tienen una buena situación alimentaria.   
  
El pensador *decrecentista* Giorgio Mosangini, resalta la necesidad de salir del modelo económico actual y romper con la lógica del crecimiento continuo, desde una óptica que impugna la economía ortodoxa y promueve una especie de *bioeconomía*:

“Así como para el crecimiento no todo tiene que crecer, para el decrecimiento no todo tiene que decrecer. Lo que tiene que disminuir es el consumo de materia y energía, es decir, principalmente el Producto Interno Bruto. Eso nos lleva a la valoración en los ámbitos de la producción. ¿Qué hay que producir? ¿Por qué? ¿Para qué? El decrecimiento defiende el rechazo a la valoración estrictamente económica y monetaria que domina nuestras sociedades.   
El valor económico no puede ser el único y su omnipotencia en la ideología del crecimiento lleva a la mercantilización de las personas y de la naturaleza. El crecimiento, el PIB, mide exclusivamente la producción de bienes y servicios (allí entra todo, desde la producción de un coche hasta los gastos necesarios para cubrir los costes médicos vinculados a los accidentes de tráfico o las actividades económicas asociadas a paliar los efectos de la contaminación del parque automovilístico). El PIB, el crecimiento, en cambio, es incapaz de medir y valorar la justicia social o la conservación de la naturaleza.   
El reto del decrecimiento es aprender a producir valor y felicidad reduciendo progresivamente la utilización de materia y energía. Así, no se trata de una *receta*, sino más bien de un *conjunto de pistas*, de caminos posibles para superar todas estas contradicciones. Más que construir una sociedad alternativa concreta, el decrecimiento implica desaprender, desprenderse de un modo de vida equivocado, incompatible con el planeta. Se trata de buscar nuevas formas de socialización, de organización social y económica.”

El Norte, que consolidó su poderío imperial a expensas del saqueo del Tercer Mundo, tiene pendiente de pago la deuda de su propio “crecimiento”. Para el grupo de países ricos en relación a los países del Sur los *decrecentistas* proponen diferentes medidas encaminadas a disminuir drásticamente el consumo, relocalizar las economías, emplear las tecnologías y estrategias energéticas eficientes. Para lograr tales metas, según Mosangini, se requeriría cumplir con los siguientes puntos:

* Reducir el flujo de recursos materiales y energéticos del Sur al Norte. Para esto el norte debe pasar a economías fotosintéticas basadas en el aprovechamiento de flujos descartando gran parte de los componentes del sistema de transporte, de industria y agricultura.
* Implementar modelos agroecológicos en el Norte. Se trata de pasar a una agricultura intensiva o productivista petrolera (tractores, fertilizantes, agroquímicos, transportación, etc.) a una agricultura biológica de producción de alimentos a escala local, respetando los ciclos de regeneración natural y absorción de desechos.
* Concebir los productos industriales como bienes durables y no como bienes de consumo, es decir, se trata de pasar de la continua extracción de materiales-energía para producir más bienes al [reciclaje](http://es.wikipedia.org/wiki/Reciclaje) y el mantenimiento de los bienes ya existentes.
* Establecer mecanismos de compensación de la deuda del crecimiento para paliar los efectos adversos generados por el crecimiento como el exceso de emisiones de dióxido de carbono, los pasivos ambientales y la contaminación por residuos tóxicos.
* Colaboración Norte-Sur. Intercambio de conocimientos y prácticas sostenibles que puedan ser útiles para el Sur, teniendo en cuenta de que pueden tener procesos sostenibles propios que no han perdido.

ECO-FALACIAS

Para el grupo de países “pobres”, sostiene Serge Latouche, máximo promotor del *decrecimiento*, sería necesario abandonar la idea de desarrollo exportada por los países ricos, para recuperar la autonomía que tenían antes de ser colonizados. También menciona que probablemente estos países no habría necesidad de reducir la huella ecológica, ni siquiera el PIB, puesto que muchos de estos operan debajo de ese umbral, pero sí que tendrían que adoptar los valores de una sociedad convivencial por encima de los valores de una sociedad mercantil. Así pues para el Sur también vale el círculo de las "8-R" [*Revaluar* (revisar nuestros valores: cooperación vs competencia, altruismo vs egoísmo, etc.); *Recontextualizar* (modificar nuestras formas de conceptualizar la realidad., evidenciando la construcción social de la pobreza, de la escasez, etc.); *Reestructurar* (adaptar las estructuras económicas y productivas al cambio de valores); *Relocalizar* (sustentar la producción y el consumo esencialmente a escala local); *Redistribuir* (el acceso a recursos naturales y las riquezas); *Reducir* (limitar el consumo a la capacidad de carga de la biosfera); *Reutilizar* (contra el consumismo, tender hacia bienes durables y a su reparación y conservación); *Reciclar* (en todas nuestras actividades)] pero se agregarían otras *erres que consisten en romper, renovar, reencontrar, reintroducir y recuperar*.

Como no comienzan con “R”, lamentablemente quedaron fuera del tablero otros términos fundamentales: autodeterminación, soberanía, equidad, descentralización, justicia social…

Durante décadas, los políticos y los economistas de todas las latitudes han proclamado que unos mayores ingresos serían el camino para un futuro mejor. Crecimiento económico significaba una vida mejor para todos los habitantes del planeta. Pero tras muchos años de crecimiento económico sostenido, e ingresos personales cada vez mayores en los países del Norte y entre las élites del Sur, salta a la vista un hecho abrumador: no somos más felices. Ésta es la gran desgracia de la política actual.

En este libro *La falacia del crecimiento* (2003), el economista australiano Clive Hamilton, director del Australia Institute y profesor en la Universidad de Sydney, ha argumentado que el fetichismo del crecimiento, lejos de ser la respuesta a nuestros problemas, está en la raíz de nuestras enfermedades sociales. En esa línea, Daniel López Marijuán, de la organización Ecologistas en Acción de Andalucía, manifiesta que el consumismo hoy domina la mente y los corazones de millones de personas, sustituyendo a la religión, a la familia y a la política. El consumo compulsivo de bienes es la causa principal de la degradación ambiental. El cambio tecnológico nos permite producir más de lo que demandamos y ofertar más de lo que necesitamos. El consumo y el crecimiento económico sin fin es el paradigma de la nueva religión, donde el aumento del consumo es una forma de vida necesaria para mantener la actividad económica y el empleo.

La adicción consumista y el fundamentalismo financiero se distinguen como los dos pilares ideológicos que sostienen el “tinglado de la farsa” del sistema de producción y consumo imperante que en su libro, Clive Hamilton, expone como un dilema al que preciso enfrentarse: potenciar en el Norte una sociedad materialmente rica e infeliz o iniciar el cambio hacia una más austera pero también más plena. Y aquí viene el corolario, porque una *bioeconomía* significaría, casi con certeza, un descenso de la tasa de crecimiento económico tal como se mide en la actualidad y con el tiempo una tasa negativa. Es empezar a diseñar una sociedad post-crecimiento. En España ya asusta tener que renunciar a muchas seguridades y certezas, aunque sea la única fórmula de garantizar la perdurabilidad de los sistemas naturales y el disfrute de la calidad de vida. López Marijuán expresó:

“Evidentemente no se trata de imponer la alternativa decreciente para todos, sino para los privilegiados, ese 20% de la población que explota el 80% de los recursos naturales del planeta. El otro 15-20% de desposeídos deberían crecer y desarrollarse, para lo cual la ayuda internacional, la asistencia tecnológica y la reposición de la deuda ecológica serían compromisos ineludibles. En el caso de los demás países, el compromiso de cambiar de modelo es claro para los llamados países emergentes (China, India, Brasil…), que están reproduciendo lo peor de nuestro desarrollo: tráfico motorizado creciente, urbanización incontrolada, explotación desmedida de combustibles fósiles, infraestructuras colosales, etc.”

Dicho desafío ha sido denominado por los ingleses como *downshifting*, es decir, reducción de escala, ganar menos y consumir menos, compartiendo recursos. Es una utopía, obviamente, los decrecentistas afirman que es la única capaz de sacarlos del atolladero. La dificultad de ir contra corriente es máxima, porque la publicidad los incita a consumir sin freno. Los gobiernos practican la esquizofrenia de exhortarlos a reducir, reutilizar y reciclar, pero no hacen nada para impedir que las industrias sigan aumentando, desechando y vertiendo todo lo que quieren. Hamilton advierte que la combinación del fetichismo del crecimiento, el consumo compulsivo y la explotación irreflexiva de la naturaleza, es la cara oculta de la globalización. Frente a ello, consumir menos, trabajar menos y adoptar un ritmo más pausado, serían la clave del bienestar. Si a esto se le suma el compartir bienes y servicios, surgiría la clave de la equidad: “promover la calidad de la vida social e individual, en vez de rendirse a las demandas del mercado”.

En el Norte, la puesta en marcha de las alternativas del decrecimiento pasa por tres niveles. Hay un nivel personal que implica consumir menos, incorporar comportamientos más austeros y más conscientes de los impactos sociales y ecológicos que implican nuestros actos. También hay un nivel de autogestión colectiva, como por ejemplo la experiencia de las cooperativas de consumidores en las que se decide consumir alimentos y otros productos no sólo de acuerdo a criterios económicos sino en función de valores sociales y ecológicos. Y finalmente, hay un nivel de cambio político y estructural, que necesita una movilización colectiva de cambio social, para romper con las estructuras y la lógica del crecimiento ilimitado y del capitalismo. Cabe resaltar que sin una movilización política colectiva, difícilmente podrán los europeos volver a situar a las personas y a la naturaleza en el centro de sus sociedades.

GIGANTISMO

El economista Leopold Kohr, precursor del concepto “lo pequeño es hermoso” (que desplegó luego su colega E. Schumacher), resumió y anticipó en pocas líneas el núcleo del dilema que sigue envolviéndonos. En su obra *El Superdesarrollo: Los Peligros Del Gigantismo* (1965) decía:

"Resolvamos el gran problema de nuestro tiempo, la enfermedad del excesivo tamaño y las proporciones incontrolables, volviendo de nuevo a la alternativa frente a la derecha y la izquierda, es decir, a un ambiente social a pequeña escala, con todo su potencial para la cooperación pluralista global y autosuficiencia sin afiliaciones, no extendiendo un control centralizado sino descontrolando lo localmente centralizado y alentando comunidades, cada una con sus propios núcleos institucionales y un limitado pero fuerte e independiente campo gravitacional.”

El sociólogo Leonel Carranco Guerra ha puesto foco en algunas mutaciones estructurales. En las actuales cumbres del G20 o mejor dicho G19+1 (ya que son 19 países más el Banco Central Europeo), siete países emergentes destacan por sus grandes avances económicos, lo cual les ha permitido ser actores importantes en la construcción de un nuevo orden económico multipolar. Estos siete países emergentes son el BRIC (Brasil, Rusia, India y China) mas Turquía, Corea del Sur e Indonesia. Este conjunto de naciones es denominado como el BRIC+3. El mundo económico parece dirigirse hacia un nuevo orden en donde se puede observar el declive del G-7 político mientras que el BRIC+3 sigue avanzando y ocupando los espacios que ostentan los países miembros del G-7 político. En estas cumbres con las antaño llamadas *Grandes Potencias*, se pueden resaltar cuatro elementos que sustentan la importancia de la participación de las economías emergentes: 1) son acreedoras de los países desarrollados, 2) se tiene una mayor confianza financiera y económica en estos países dado por el manejo responsable de sus políticas fiscales y monetarias durante y después de la crisis; todo lo contrario a los países desarrollados quienes a partir de sus políticas monetarias y fiscales flexibles han provocado la inestabilidad del sistema monetario, de los *commodities* y de los activos a nivel internacional, 3) son el motor del crecimiento mundial y, 4) Las economías emergentes no comenzaron la crisis económica-financiera mundial

Llegamos ahora a un interrogante crucial: ¿En el Sur, volveremos una vez más a permanecer como testigos pasivos o a quedarnos una vez más atascados en el debate de los postulados “salvacionistas” emitidos por el Norte? Tenemos que asumir una realidad inequívoca: la promisoria conferencia sobre *Ambiente Humano* propuesta por la ONU en 1972 en Estocolmo desembocó dos décadas después en una desnaturalizada cumbre sobre *Ambiente y Desarrollo* en Río de Janeiro (1992), cuya revisión se anuncia en la misma ciudad en un futuro cercano bajo la denominación Rio+20 o *Desarrollo Sustentable* en 2012. La documentación preparatoria ya permite discernir los parámetros manipuladores que regirán una “cumbre” ceñida al Pacto Global (alias *Ciudadanía Corporativa en la Economía Global*) que la cúpula de la ONU formalizó en julio de de 2000 en connivencia con las mayores corporaciones transnacionales del globo, y en torno de diez bonitos “principios”, a saber:

**Principio Nº 1. Las empresas deben apoyar y respetar la protección de los derechos humanos proclamados a nivel internacional;**

**Principio Nº 2. No ser cómplice de abusos de los derechos humanos.**

**Principio Nº 3. Las empresas deben respetar la libertad de asociación y el reconocimiento de los derechos a la negociación colectiva**

**Principio Nº 4. Las empresas deben apoyar la eliminación de toda forma de trabajo forzoso o realizado bajo coacción**

**Principio Nº 5. Las empresas deben apoyar la erradicación del trabajo infantil**

**Principio Nº 6. Las empresas deben apoyar la abolición de las prácticas de discriminación en el empleo y la ocupación**

**Principio Nº 7. Las empresas deberán apoyar el enfoque preventivo frente a los retos medioambientales**

**Principio Nº 8. Las empresas deben fomentar las iniciativas que promuevan una mayor responsabilidad ambiental**

**Principio Nº 9. Las empresas deben favorecer el desarrollo y la difusión de las tecnologías respetuosas con el medio ambiente**

**Principio Nº 10.  Las empresas deben trabajar  contra la corrupción en todas sus formas, incluyendo la extorsión y el soborno.**

Lo que a primera vista luce como un decálogo apuntado a salvaguardar la integridad social y ambiental de todos los ciudadanos, en realidad esconde la demagógica maniobra de haber impedido el establecimiento de normas restrictivas para el quehacer corporativo en el Sur, dejando que las empresas se “auto-regulen” y que apliquen criterios de conducta llamados *responsabilidad social empresarial*, a fin de “cumplir” de modo “voluntario” los postulados antes expuestos. O sea, el mismo criterio que ha convertido a los Tratados Internacionales sobre el medio ambiente en simples papeles sin genuina aplicación socio-política. Así, la ONU pasó a ser en los hechos un mero facilitador de gestiones al servicio de los intereses financieros transnacionales.

Ejemplo de ritualismo hueco: (véase el Artículo 24 de la Agenda 21 proclamada de modo no vinculante en la Eco-Río 92). Donde leemos:

**Objetivos**  
34.14 Se proponen los siguientes objetivos:

a) Velar por el acceso, en particular de los países en desarrollo, a la información científica y tecnológica, incluida la información sobre las tecnologías más modernas;   
b) Promover, facilitar y financiar, según proceda, el acceso a las tecnologías ecológicamente racionales y su transferencia, así como los conocimientos técnicos especializados correspondientes, en particular a los países en desarrollo, en condiciones favorables, inclusive en condiciones de favor y preferenciales según arreglos mutuamente convenidos, teniendo en cuenta la necesidad de proteger los derechos de propiedad intelectual, así como las necesidades especiales de los países en desarrollo en lo relativo a la ejecución del Programa 21;   
c) Facilitar el mantenimiento y la promoción de tecnologías autóctonas ecológicamente racionales que puedan haber sido pasada por alto o desplazadas, en especial en los países en desarrollo, prestando especial atención a las necesidades prioritarias de esos países y teniendo en cuenta las funciones complementarias del hombre y la mujer;   
d) Prestar apoyo al fomento de la capacidad endógena, en particular en los países en desarrollo, de modo que estos puedan evaluar, adoptar, gestionar y aplicar tecnologías ecológicamente racionales. Esto podría conseguirse, entre otras cosas, mediante:

i) El desarrollo de los recursos humanos;  
ii) El fortalecimiento de la capacidad institucional de investigación y desarrollo y de ejecución de programas;   
iii) La realización de evaluaciones sectoriales integradas de las necesidades tecnológicas, de conformidad con los planes, los objetivos y las prioridades de los países, según se prevé en la ejecución del Programa 21 en el plano nacional;

e) Fomentar asociaciones tecnológicas de larga duración entre los propietarios de tecnologías ecológicamente racionales y los posibles usuarios.

Pura retórica de circunstancias. Casi dos décadas después, ¿dónde se promovieron expansivamente en América Latina las fuentes energéticas renovables? Especialmente a sabiendas de que las mejores y más viables patentes de tecnología electro-solar fueron adquiridas y retenidas por los grandes Consorcios Petroleros.

El sociólogo chileno Antonio Elizalde, en su libro *Utopía y Cordura* (2009) pregunta nítidamente: ¿Es ecosustentable el crecimiento capitalista? Y expone 7 argumentos cruciales:

1. No es posible un crecimiento económico sustentable.
2. La tecnología no puede superar lo imposible.
3. El desarrollo económico occidental degrada sistemáticamente todo lo que la gente valoraba y así destruye la matriz vital de la humanidad.
4. El crecimiento capitalista se basa en la permanente creación de necesidades, muchas de ellas artificiales, para sostener la demanda de nuevos bienes que es la que lo alimenta.
5. El crecimiento capitalista contienen una paradoja: crea bienes que se transforman en males, ya que todo bien, superada cierta escala, se transforma en mal.
6. La principal de las eficiencias, la eficiencia reproductiva, es la que el desarrollo capitalista no reconoce.
7. El capitalismo realiza la construcción social de la obsolescencia.

Tras un minucioso desarrollo de sus argumentos críticos, cita al pensador Willis Harman:

“¿Qué podemos hacer? Aprovechar cada oportunidad para conversar   
acerca de estos importantes asuntos; tenerlos lo más claramente posible en nuestras mentes. Examinar nuestras propias vidas para ver qué es realmente importante para nosotros. Descubrir y alimentar nuestra propia   
motivación para contribuir al bienestar del todo. Juntarnos con otros para   
compartir y difundir nuestra preocupación y nuestra comprensión. Muchos   
de ustedes sienten una compulsión para actuar aquí y ahora y hacer algo.   
Pero no es tanta acción como sabiduría la que necesitamos. Escuchen a su   
intuición y a su corazón. Ustedes sabrán qué hacer”.

AUTODETERMINACION

Es el momento de que el Sur despierte y asuma irrevocablemente sus potenciales, largamente malgastados por acción de los enemigos internos de la genuina autodeterminación y persistentemente bloqueados por los enemigos externos aplicados a la prolongación del dominio colonialista en nombre de un falso “progreso”.

Para concluir, una breve evocación: del 6 al 12 de marzo de 1995 Naciones Unidas realizó en Copenhague (Dinamarca) la *Cumbre Mundial sobre Desarrollo Social*, donde el plenario de Jefes De Estado aprobó dos documentos trascendentales: la Declaración de Copenhague sobre Desarrollo Social y el Programa de Acción de la Cumbre Mundial sobre Desarrollo Social, adoptados ese mismo año por la Asamblea General de las Naciones Unidas en su quincuagésimo período de sesiones. Por su nombre en inglés (World Summit on Social Development) el conclave quedó identificado con la sigla WSDD. No sólo no llegaron a cumplir los compromisos contraídos, sino que siete años después, la ONU organizó en Johannesburgo (Sudáfrica) una *Cumbre Mundial sobre Desarrollo Sustentable* que se malogró en retóricas estériles y que al identificarse con la misma sigla apagó por completo la existencia de la WSSD de Copenhague, debido al accionar de los intereses financieros corporativos. Aquí se rescatan sus principales instancias.

Recordemos que la década de los años ’90 fue un período importantísimo en el plano internacional, pues al caer en 1989 el Muro de Berlín (estigma heredado de la II Guerra Mundial) y al disolverse en 1991 la Unión Soviética, dio la impresión de que las décadas de la llamada Guerra Fría entre el capitalismo y el comunismo quedaban definitivamente atrás y se abría una nueva era en el plano de las relaciones internacionales. La dispersión de las repúblicas soviéticas puso a la luz del día una enorme región subdesarrollada (el Este europeo) y numerosos representantes del mundo desarrollado conocido como G-7 (las siete Grandes Potencias) declaraban en público que las cuantiosas sumas gastadas hasta allí en armamentos serían invertidas en un desarrollo social que llevaría bienestar no sólo a los pueblos europeos rezagados sino también del resto del planeta. Se ponderaba el triunfo capitalista y se vaticinaba una época de satisfacción global de necesidades sociales. La *Declaración de Copenhague* era explícita a ese respecto:

1. Por primera vez en la historia, por invitación de las Naciones Unidas, nos reunimos en calidad de Jefes de Estado y de Gobierno para reconocer la importancia del desarrollo social y el bienestar de la humanidad y dar la máxima prioridad a esos objetivos en la hora actual y en el siglo XXI.

2. Reconocemos que la población del mundo ha indicado de distintas maneras que existe la necesidad urgente de resolver graves problemas sociales, especialmente la pobreza, el desempleo y la marginación social, que afectan a todos los países. Nuestra tarea consiste en atacar las causas subyacentes y estructurales y sus penosas consecuencias, a fin de reducir la incertidumbre y la inseguridad en la vida de los seres humanos.

3. Reconocemos que nuestras sociedades deben atender más eficazmente a las necesidades materiales y espirituales de las personas, sus familias y las comunidades en que viven en nuestros diversos países y regiones. Debemos hacerlo no sólo con carácter urgente, sino también como un compromiso que ha de ser sostenido y ha de mantenerse inquebrantable en el futuro.

…………………………………………….………………………………….

9. Nos reunimos aquí para contraer el compromiso, junto a nuestros gobiernos y naciones, de promover el desarrollo social en todo el mundo para que todos los hombres y mujeres, particularmente los que viven en la pobreza, puedan ejercer sus derechos, utilizar los recursos y compartir las responsabilidades que les permitan llevar vidas satisfactorias y contribuir al bienestar de sus familias, de sus comunidades y de la humanidad. Prestar apoyo a esa labor y fomentarla deben ser objetivos prioritarios de la comunidad internacional, particularmente con respecto a quienes se ven afectados por la pobreza, el desempleo y la marginación social.

10. Contraemos este compromiso solemne en vísperas del cincuentenario de las Naciones Unidas, resueltos a aprovechar las posibilidades únicas que ofrece el fin de la guerra fría a los efectos de promover el desarrollo social y la justicia social. Reafirmamos y tomamos como guía los principios de la Carta de las Naciones Unidas y los acuerdos a que se ha llegado en conferencias internacionales pertinentes, como la Cumbre Mundial en favor de la Infancia celebrada en Nueva York en 1990; la Conferencia de las Naciones Unidas sobre el Medio Ambiente y el Desarrollo, celebrada en Río de Janeiro en 1992; la Conferencia Mundial de Derechos Humanos, celebrada en Viena en 1993; la Conferencia Mundial sobre el Desarrollo Sostenible de los Pequeños Estados Insulares en Desarrollo, celebrada en Barbados en 1994; y la Conferencia Internacional sobre la Población y el Desarrollo, celebrada en El Cairo en 1994. Con esta Cumbre, deseamos poner en marcha un nuevo compromiso en pro del desarrollo social en cada uno de nuestros países y una nueva era de cooperación internacional entre los gobiernos y los pueblos, basada en un espíritu de coparticipación en que las necesidades, los derechos y las aspiraciones del ser humano sean el factor determinante de nuestras decisiones y de nuestra actuación conjunta.

Le siguieron otras dos Cumbres de primera magnitud –una sobre la Mujer en Beijing y otra sobre la Alimentación en Roma– y la suma de Declaraciones mundiales asumíaque en todo el mundo había un aumento de la prosperidad de algunos, acompañado lamentablemente de un aumento de la pobreza extrema de otros. Esta contradicción evidente se consideraba inaceptable y se buscaría remediarla con medidas urgentes. En Copenhague se ponderó la globalización, como una consecuencia del aumento de la movilidad humana, del progreso de las comunicaciones, del gran aumento del comercio y las corrientes de capital y de los avances tecnológicos, y porque abría –resaltaron los Jefes de Estado– *“nuevas oportunidades para el crecimiento económico sostenido y el desarrollo de la economía mundial, particularmente en los países en desarrollo”.* Pero no dejaban de reconocer que al mismo tiempo, el rápido proceso de cambio y ajuste se veía acompañado por un aumento de la pobreza, el desempleo y la desintegración social. Percibían también que se habían globalizado ciertas amenazas al bienestar del ser humano, como los riesgos ambientales*: “El desafío actual consiste en encontrar la forma de controlar esos procesos y amenazas para que aumenten sus beneficios y se atenúen sus efectos negativos sobre las personas.”*

MALES SOCIALES

Entre los progresos socio-económicos mencionados por los Jefes de Estado en Copenhague se distinguía la riqueza total de las naciones, septuplicada durante los 50 años precedentes, y el comercio internacional, que había aumentado en forma aun más espectacular. No obstante, reconocían que había demasiada gente, mujeres y niños en particular, expuesta a tensiones y privaciones. Y consignaban que la pobreza, el desempleo y la desintegración social con excesiva frecuencia acarreaban el aislamiento, la marginación y la violencia, agregando que era cada vez mayor la incertidumbre de mucha gente, particularmente la que estaba en situación vulnerable, respecto de su propio futuro y el de sus hijos:

“En muchas sociedades, tanto de países desarrollados como de países en desarrollo, ha aumentado la distancia que separa a los ricos de los pobres. Además, y a pesar de que algunos países en desarrollo están creciendo con rapidez, también es mayor la distancia que separa a los países desarrollados de muchos países en desarrollo, particularmente los menos adelantados. Más de 1.000 millones de habitantes del mundo viven en la pobreza extrema y la mayoría de ellos padece hambre cada día. Una gran proporción, en su mayoría mujeres, tiene un acceso muy limitado a los ingresos, los recursos, la educación, la atención de la salud o la nutrición, especialmente en África y en los países menos adelantados.”

La lista de Copenhague sobre los males sociales existentes en el planeta incluía a millones de personas de todo el mundo refugiadas o desplazadas internamente, cuyas trágicas consecuencias sociales tenían una repercusión crítica en la estabilidad social y en el desarrollo de sus países de origen, los países de acogida y las respectivas regiones. Aunque estos problemas tenían (y aún tienen) carácter mundial y afectaban a todos los países, los Jefes de Estados reconocían inequívocamente que la situación de la mayoría de los países en desarrollo, en particular los de África y los países menos adelantados, era crítica y requería especial atención y acción. Durante la última década pudo notarse el apoyo del G-7 a los países con economías en transición (el Este europeo) que también experimentaban entonces una transformación en lo político, lo económico y lo social. Los observadores internacionales no logran discernir un esfuerzo equivalente Asia, África y América Latina.

Otras palabras de Copenhague llevadas por el viento han sido:

“Nos comprometemos a centrar nuestro interés y nuestra atención prioritaria en la lucha contra los males de ámbito mundial que amenazan gravemente a la salud, la paz, la seguridad y el bienestar de nuestros pueblos. Entre esos males figuran el hambre crónica; la

malnutrición; los problemas de las drogas ilícitas; la delincuencia organizada; la corrupción; la ocupación extranjera; los conflictos armados; el tráfico ilícito de armas; el terrorismo; la intolerancia y la incitación al odio por motivos de raza, origen étnico, religión u otros motivos; la xenofobia y las enfermedades endémicas, transmisibles y crónicas. En este contexto, se han de abordar las consecuencias negativas que tienen para el desarrollo los gastos militares excesivos, el comercio de armamentos y las inversiones en producción y adquisición de armamentos.”

Durante 2006 se verificó un crecimiento del 32% en el gasto mundial en armamentos en referencia al año precedente, que excedió ampliamente el billón de dólares (exactamente 1.231.000.000.000 según el SIPRI, instituto especializado de Suecia).

Archivados en los agujeros negros de la burocracia global, los documentos de la Cumbre de Copenhague no desaparecieron: con paciencia se pueden ubicar en la Internet, en sitios laterales de la ONU. Pero a menudo, como ya hemos resaltado, la sigla WSSD remite en general al “declaracionismo” y las ambigüedades de la Cumbre de Johannesburgo. Un párrafo expresivo de 1995 ilustra la magnitud de las omisiones vigentes en la realidad actual:

“Nosotros, Jefes de Estado y de Gobierno, declaramos que sostenemos una visión política, económica, ética y espiritual del desarrollo social que está basada en la dignidad humana, los derechos humanos, la igualdad, el respeto, la paz, la democracia, la responsabilidad mutua y la cooperación y el pleno respeto de los diversos valores religiosos y éticos y de los orígenes culturales de la gente. Por consiguiente, en las políticas y actividades nacionales, regionales e internacionales otorgaremos la máxima prioridad a la promoción del progreso social y al mejoramiento de la condición humana, sobre la base de la plena participación de todos.”

Cada cinco años, la ONU recicla puntualmente sus alegatos, y las olvidadas promesas de Copenhague son proyectadas hacia el futuro con nuevos emblemas y retocadas promesas, todas ellas en nombre de una metáfora cuya legitimidad es cada vez más cuestionada por los expertos autónomos en ciencias sociales: el *desarrollo sustentable*. Cuyos ponderados “frutos” no se aprecian en parte alguna, dado el creciente poderío del capital financiero. Fue así que Kofi Annan, ex secretario general de la ONU, puso el porvenir humano en manos de las corporaciones transnacionales cuando instauró el llamado *Pacto Global* durante el Foro Económico Mundial de Davos, episodio seguido por las llamadas *Metas del Milenio*: un cheque sin fondos con vencimiento en el año 2015.

Es la hora del Sur. Es un tiempo de refundación: podemos ser co-partícipes de un nuevo Génesis, basado en la justicia distributiva, la justicia ambiental y la justicia ambiental. Thomas Berry afirmaba:

“La gran misión espiritual del presente es una renovación de toda la tradición religioso-espiritual occidental, en relación con el funcionamiento integral de los biosistemas del planeta y del universo entero. El mundo está llamado a un nuevo sistema de creencias post-confesional (incluso post-cristiano) que ve a la Tierra como un ser viviente – mitológicamente, como Gaia o Madre Tierra– cuya conciencia es la humanidad. Nuestra espiritualidad en sí misma deriva de la Tierra. si no hay espiritualidad en la Tierra, no hay espiritualidad en nosotros. Y si bien es cierto que es difícil sobrevivir sin utilizar lo que nos rodea, hemos de hacerlo reconociendo lo místico de la comunidad de la Tierra: lo místico hace toda la diferencia en el mundo. En otras palabras, lo místico de las montañas o de los pájaros, del mar, es lo que cantamos, lo que hace nuestra literatura. Cuando construimos mecanismos que nos ayudan, estos no nos dan un mundo interior. El mundo natural nos lo da. Nos da una presencia sanadora, que nos colma y que se manifiesta a través del mundo natural. Y esta maravillosa presencia está en el sol y la luna y las estrellas, en las montañas y los mares de la Tierra”.

SOLIDARIDAD

De tales percepciones surgen estados de consciencia que nos permiten elevarnos hacia dimensiones donde lo humano deja de ser vandálico y se convierte en uno de los pilares de la Economía Solidaria, portadora de significados generativos, inductora de nuevas relaciones con la economía formal, y articuladora de niveles de productividad a la medida de lo que la gente necesita verdaderamente para crecer y multiplicarse transformadoramente. En el mundo, y en especial en América Latina, desde hace varios años se comienza a hablarse sobre la Economía Solidaria, aunque el investigador chileno Luis Razeto prefiere denominarla *“Economía de la Solidaridad”,* entendida como un componente importante en la actividad económica y no como un calificador del proceso. Explica que este tipo de economía, *“es la actividad cuyos actores son sujetos privados asociados en grupos, familias o asociaciones privadas, que intercambian, producen y obtienen sus elementos del mercado, y en sus operaciones dentro de este entorno buscan obtener beneficios”.*

Razeto ha explicado que la diferencia con la economía formal, es que logra satisfacer los vacíos que deja la producción de bienes. Pero advierte que la cobertura de ese vacío no debe verse como algo ajeno al proceso de la economía, sino como un elemento de la misma. Destaca que otra discrepancia, es que se encuentra inmersa en ese gran grupo denominado popular, donde se localiza “no menos del 35% y en algunos casos hasta un 70% de la fuerza de trabajo de nuestra región que no participa en los procesos económicos”. Asimismo, el investigador ratifica que en este nuevo proceso, la población busca obtener sus objetivos a través de lo económico y no de las movilizaciones políticas como se realizaba en el pasado. Pero aclara que aunque esta economía popular posee gérmenes que la asemejan con la solidaria, sólo se desarrollará y llegará a convertirse en *Economía de la Solidaridad*, si se activa un mayor proceso de productividad y eficiencia a través de procesos de coordinación, integración y cooperación entre las unidades económicas de cada una de ellas.

Ese paso de popular a solidaria, resalta Razeto, no es imposible porque el mercado en sí mismo es una expresión social del hombre, donde se articulan un conjunto de relaciones de la vida social. Por lo tanto, este tránsito a la *Economía de la Solidaridad* se daría como un camino de transformación de las sociedades para enfrentar los problemas que la economía institucional, bajo los preceptos actuales, no ha sido capaz de resolver. Surgirá a pesar del gran mal de estos tiempos: “la concepción de proyectos individuales y la privatización de las iniciativas y empresas”. Razeto Indica que una vez superadas todas las dificultades, la *Economía de la Solidaridad* se levantará como una forma de organización económica capaz de canalizar una búsqueda más genuina, tendiente a resolver los problemas creados por el desarrollo y la economía que tenemos en la actualidad.

Pero este tipo de economía también necesita de un capital y financiamiento como cualquier otra empresa u organización, y es aquí donde se le dificulta su desarrollo al no tener los mecanismos para acceder a financiamientos adecuados. Ante tales obstáculos, las experiencias de la *Economía de la Solidaridad* debería agotar en primer lugar, todas sus formas posibles de obtención de aportes para manejar los recursos financieros con sus propios medios. Y es allí donde Luis Razeto resalta la necesidad que tienen dichas iniciativas de generar estructuras de crédito propias, a través de Cooperativas de ahorro y crédito, asociaciones, fondos rotatorios, que puedan ser administrados y gestionados con criterios idóneos adaptados a las condiciones de la Economía Popular. Inserta, claro está, en las distintas singularidades de nuestra América Latina, según sus raigambres indígenas, africanas y europeas.

Finalicemos: El teólogo brasileño Faustino Teixeira nos cuenta que en la tradición mística del sufismo, y en particular en la obra de Ibn ´Arabi (1165-1240), el misterio de Dios –wujüd, ilimitado– puede ser captado a través de dos términos clave presentes en la terminología teológica del Islam tradicional: tanzih y tasbih. El primer término tanzih, viene del verbo árabe nazzaha, que significa “proteger algo de cualquier contaminación”. El término es utilizado para señalar la trascendencia y la incomparabilidad esencial de Dios: su distancia con respecto a toda criatura. El segundo término, tasbih, procede del verbo sabbaha, que significa “hacer o considerar algo similar a otra cosa”. Es un término que expresa la proximidad de Dios con su creación, su comparabilidad con las cosas existentes. Así, Dios viene expresado en su doble polaridad: es, por un lado, radicalmente transcendente, pero por otro, también inmanente. El acercamiento a Dios, entendido como lo Real (al-Haqq), no puede darse cuando se privilegia exclusivamente uno de esos dos polos. Ibn ´Arabi se sirvió de la historia coránica de Noé (Nûh) y los “idólatras” para mostrar que no se puede captar lo Real cuando se exclusivisa, ya sea su lado trascendente, ya sea su lado inmanente. Su misterio es simultáneamente trascendente e inmanente. Tanto los “idólatras” como Noé se equivocaron en su aproximación al Misterio. Los “idólatras” por vincular lo Real con los objetos físicos de su adoración (inmanentización), y Noé por vincular lo Real con lo transcendente. Los primeros se equivocaron por no considerar la dimensión transcendente de lo Real y el segundo por negar su dimensión inmanente.

En el Talmud hebreo leemos: “Cada brizna de hierba tiene su ángel que se inclina sobre ella y le susurra: crece, crece.”

En el corazón fundacional de los hombres y mujeres de la América profunda, hay otro ángel que los abraza y murmura: *Haz de tu vida un arte. Haz de tu familia un baluarte. Haz de tu país un templo de justicia.*

*Noviembre 2010*